

José Llopis, *Crónica del Real Monasterio de la seráfica madre Santa Clara de la ciudad de Gandía*, edición a cura de Santiago La Parra, Nuria Ramón y Joan Aliaga, Valencia, Universitat de València, Arzobispado de Valencia y Ajuntament de Gandia, 2024. Pertenece a *Fonts històriques valencianes*, parte primera y segunda, 912 págs. en conjunto.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/m930zv71>

Han llegado a mis manos estos magníficos tomos de la “Crónica del Real Monasterio de la seráfica madre Santa Clara de la ciudad de Gandía”, escrita por fray Josep Llopis, su confesor, en el siglo XVIII, cuando en Valladolid se cerraba, en el verano de 2025, el convento de las Descalzas Reales, tan vinculado con la reforma de las llamadas “coletinas”, entonces franciscanas o clarisas descalzas, de la cual será “casa madre” en estos territorios peninsulares este más que centenario convento de Gandía. La obra monumental en su escritura (suponemos que también en su investigación en el siglo que el padre Llopis la llevó a cabo) pero también monumental en su edición, ha sido realizada por el historiador Santiago La Parra López y los historiadores del arte Nuria Ramón Marqués y Joan Aliaga Morell, todos ellos investigadores y profesores de la Universidad Politécnica de Valencia. La existencia de esta edición, convenientemente introducida y anotada, en lengua valenciana, nos permite disponer de los orígenes y desarrollo de esta reforma de las clarisas, familia religiosa por otra parte, tan vinculada a la búsqueda de la observancia. Como nos indican sus editores, se convierte en el “último gran relato histórico y el más completo de todos los disponibles” de este antiguo convento de Gandía, con una trayectoria desde los inicios del siglo XV y todavía formando parte de la morada del casco histórico de esta villa valenciana, tan vinculada con sus duques, la familia de los Borja, de los que tendremos (más bien de las que tendremos pues muchas son monjas) que hablar tratándose de la descalcez dentro de las clarisas. Sin embargo, los Borja no estuvieron en los comienzos.

La Crónica de las clarisas de Gandía de Llopis ocupa un lugar muy adecuado y necesario dentro de la amplísima historiografía que se está conformando en el conocimiento del ámbito monástico y conventual de la

Monarquía de España en la época medieval y moderna, desde distintas coordenadas. Desde hace unos años historiográficos (incluso décadas), podríamos decir, que está “muy de moda” escribir e investigar sobre monjas. Por muchas razones me atrevería a reflexionar. Entre otras cosas porque en ellas encontramos mujeres muy documentadas, lectoras y escritoras también, en muchas ocasiones más libres en su propio desarrollo personal en la clausura que en el matrimonio. Además, en torno a ellas, se desarrolla un patrimonio documental sin igual, que dicho sea de paso, hoy se encuentra en serio peligro cuando estamos viviendo un periódico cierre o desaparición de conventos. Es un momento de descontextualización del patrimonio conventual ciertamente peligroso, comparable en algunos sentidos con el tiempo de la exclaustración y desamortización que afectó sobre todo a los conventos y monasterios masculinos. Y debemos afirmar con rotundidad que la publicación de esta obra viene a poner luz, teniendo en cuenta que el convento de Gandía se mantiene y sobrevive a este proceso de reducción de la población monacal, con la existencia incluso de un Museo (Museu Santa Clara de Gandia). En realidad, Santiago La Parra ya había dado luz con la publicación anterior de la Vida de Francisco de Borja en 2010, aquella que había mandado escribir el quinto prepósito de la Compañía de Jesús Claudio Aquaviva al jesuita Dionisio Vázquez pero que él mismo no había considerado su publicación. La Parra puso fin, con motivo del quinto centenario del mediático jesuita y duque de Gandía, a aquel texto secuestrado. Por otra parte, las investigaciones de La Parra sobre los Borja han permitido disponer de estudios complementarios a esta edición de la obra de Llopis, como sucedió cuando publicó con un título bien atractivo “El velo y el apellido: las Borja en el monasterio de Santa Clara de Gandía” (en *Actores e instrumentos del poder en las monarquías ibéricas* coordinado por David Bernabé Gil, María del Carmen Irlés y José Damião Rodrigues, Coimbra 2022).

Así pues, esta obra se encuentra muy bien engarzada en las intenciones que existen actualmente a la hora de estudiar ese “tiempo de conventos” que ha descrito Ángela Atienza. En la introducción, los editores sitúan muy bien la trayectoria de esta casa, no lo suficientemente conocida, como es habitual, entre sus vecinos más inmediatos y que es menester entroncar después con la casa ducal de Gandía en cada una de sus etapas. Primero será necesario recurrir, en 1429, a Violante de Aragón, hija de Alfons el Vell o Alfonso de Aragón, que había estrenado los títulos de conde de Denia, marqués de Villena y duque real de Gandía, el noble valenciano más poderoso de su tiempo como nieto de Jaime II y que le hubiese permitido suceder a Martín el

Humano si no hubiese fallecido en 1412. En ese contexto familiar y en el del *Segle d'Or* valenciano debemos situar a la fundadora de este claustro, aunque bien es verdad que en el tiempo de Violante de Aragón el señorío de Gandía había revertido en la corona. Después, en 1485 el ducado de Gandía fue adquirido por la familia Borja, lo cual habría de resultar fundamental para el desarrollo de este cenobio y también para la expansión de la mencionada reforma coletina o descalcez de las clarisas.

Los editores también nos introducen muy bien en la figura del padre Llopis, de sus aportaciones, del papel que esta obra tiene en su vida, considerado más como “predicador que escritor”, de su interesante trayectoria incluso en Nueva España aunque en el mismo no había calado el interés por el humanismo cristiano rescatado en el tiempo de la Ilustración o en las páginas de un contemporáneo suyo como resulta ser Gregorio Mayans (tan estudiado por el recordado Antonio Mestre). Una crónica dedicada a la que era, en ese momento, XIV duquesa de Gandía y consorte de Osuna por su matrimonio. Nos estamos refiriendo a María Josefa de la Soledad Pimentel y Téllez-Girón, que podría haber sido, en el caso de haberse ultimado este manuscrito, en la impulsora de su publicación, devota de san Francisco de Borja, según se comprobó en su capilla de la catedral de Valencia donde no faltó la paleta de Francisco de Goya. La obra de Llopis pudo elaborarse entre 1780 y 1782, año de su fallecimiento cuando estaba revisando el manuscrito, un total de mil doscientas páginas en tamaño folio, escrita en castellano y con ausencia de valencianismo ¿Por qué había dedicado Llopis sus últimos días, aunque él no lo supiese, a esta importante labor? ¿Solamente porque era confesor del convento? Así se encuentra el interés de dar a conocer “vidas ejemplares”, sobre todo a “los del mundo” aunque para las monjas de finales del siglo XVIII se convirtiese en todo un estímulo, en los días en que muchos de sus contemporáneos, reformistas dentro de las coordenadas de la Ilustración, estaban criticando duramente la existencia de tanta población perteneciente al clero regular. Tampoco había que olvidar el siempre necesario prestigio de la casa religiosa, en este caso la de san Francisco de Asís y santa Clara.

Es menester afirmar que el género que desarrolló Llopis, tan fuera de su tiempo, merece encontrarse entre los clásicos de días anteriores en lo que a la presentación de “vidas ejemplares” responde. Sin embargo, debemos destacar una vez más su utilidad (y por tanto la muy destacada de la edición de esta monumental obra) pues resultan páginas fundamentales para trazar una completa historia de las mentalidades del ámbito conventual, desde los ojos de un confesor escasamente “ilustrado” de finales del siglo XVIII. En

estas páginas, en las sucesivas Vidas, se encuentran todos los conceptos de las clausuras donde era muy difícil que penetrase el deseo de reforma de los días en que se escribía esta Crónica y donde habrían de perdurar muy especialmente las formas del barroco y la anterior fascinación por los rigores. El desarrollo de los mismos -de esos rigores- en la existencia cotidiana, en el vestir, comer y dormir, en el rechazo a las comodidades, debía presidir la definición de la vida conventual dentro de una “casa madre” de la reforma descalza de las clarisas, tan apoyada por la Monarquía por otra parte -como podemos comprobar en el desarrollo de la misma tanto en las Descalzas Reales de Madrid como en las mencionadas al principio de Valladolid-. Toda esa historia de las mentalidades de la clausura de los rigores que se perpetúa en el barroco y que conoce Llopis, y además se encarga de ejemplarizar, se retrata de manera magnífica en este atrayente repertorio de Vidas, así con mayúscula, en la que han volcado tantos empeños intelectuales y de gestión editorial, Santiago La Parra, Nuria Ramón y Joan Aliaga. En ellos encontramos un capítulo bien importante en la atención y análisis del patrimonio conventual del antiguo reino de Valencia, dentro de la “Monarquía de los descalzos”.

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ

<https://orcid.org/0000-0002-4311-5831>

Universidad de Valladolid

javier.burrieza@uva.es